Cortejanos de D. Juan R.

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION DE LAS MEJORES OBRAS

del teatro antiguo y moderno español, y del teatro estrangero.

Nº 48

T.

TEATRO MODERNO ESPAÑOL.

2599

J. M.

Moran

MADRID.

21 r

LIBRERIAS DE ESCAMILLA Y CUESTA.

760

LOS CORTESANOS

DE

DON JUAN SEGUNDO,

drama histórico original

EN CUATRO ACTOS Y EN VARIEDAD DE METROS:

su autor

DON GERÓNIMO MORAN,

Socio de aplicacion de la sociedad económica de amigos del pais de Salamanca.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1839.

PERSONAGES.

Don Juan Segundo, *rey de Castilla.*
Alfonso Perez de Vivero.
Don Alvaro de Luna.
El conde de Plasencia.
El conde de Haro.
Don Juan de Luna.
Doña Jimena.
Laura, *camarera.*
Fernando de Rivadeneira.
Chacon.
Un religioso dominico.
Un camarero de palacio.
Cuatro hombres armados.
Ricos-hombres, pajes, soldados, pueblo.

La escena es en Burgos: época la semana santa del año 1453.

Será perseguida ante la ley cualquiera persona que reimprima este Drama, ó le represente en algun teatro del Reino sin la competente autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837 relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Al Excmo. Señor Don Lorenzo Arrazola, Secretario de Estado y del Despacho universal de Gracia y Justicia &c. &c.

Excmo. Señor.

El vivo deseo que he tenido siempre de ofrecer á V. E. una prueba de mi respetuosa gratitud, y la envidiable satisfaccion que me resulta

671563

honrándome en este lugar con el distinguido título de discípulo de V. E., son los dos únicos objetos que me han movido á dedicarle esta composicion dramática. Si V. E. la admite, como me atrevo á confiar, con la benevolencia que le caracteriza, quedarán cumplidas mis mas lisonjeras esperanzas.

EXCMO. SEÑOR.

B. L. M. D. V. E.

su mas apasionado discípulo

Gerónimo Moran.

ACTO PRIMERO.

Jardin de palacio.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JIMENA. LAURA.

Laura. ¿Ello es, señora, que al fin
estais aqui mas serena?
Jim. Algun alivio á mi pena
encuentro en este jardin:
en él, Laura, facilmente
se aplacan mis amarguras,
y es que soñadas venturas
tornan en él á mi mente.
Aqui, sin saber por qué,
goza adormecida el alma
gratos momentos de calma
cual en mi infancia gocé.
Si abismada en triste duelo
lanzo afligida un suspiro,
el aura que aqui respiro
es un aura de consuelo.
Ahora mismo, Laura mia,
un dulce presentimiento
disipa el crudo tormento
que agitó mi fantasía.
Laura. Señora, vos que tan bella
sois, que todos en la corte
os siguen como á su norte,
os miran como su estrella:
vos, la huérfana mimada
en palacio por los reyes,

cuyos caprichos son leyes:
la querida, la envidiada.
Vos, que ostentais en los ojos
dos claras distintas llamas,
una que abrasa á las damas
y las causa mil enojos;
otra cuyo dulce fuego
busca el hombre inadvertido,
que cuando en él ha prendido
pierde por ella el sosiego.
Vos, la reina en los festines
y la reina en los torneos,
á cuyos pies sus trofeos
rinden tantos paladines,
¿por qué el silencio buscais,
por qué de la corte huís?
¡Acaso no presumís
los tormentos que causais!

Jim. Laura, el corazon vacío
nada en la corte me dice,
porque alli soy infelice
entre el alegre gentío:
que en vez de darme á gozar
instantes mas halagüeños
aquellos rostros risueños
dan pábulo á mi pesar.
Mas ya que asi te interesa
mi tormento y afliccion,
te abriré mi corazon...

Laura. Sí, cumplid vuestra promesa.

Jim. Solo el cariño de un padre
en mi infancia conocí,
que el darme la vida á mí
costó la suya á mi madre.
Mas... ¡ay! cuán poco gocé
las paternales caricias...
mis infantiles delicias
pronto en lágrimas troqué:
niña huérfana en Toledo
cuando dos lustros cumplí,

mi único apoyo perdí
en la batalla de Olmedo.
Tinto en sangre al espirar
mi padre á los pies del rey,
que es en los vasallos ley
por su rey la sangre dar,
dijo con voz lastimada:
"Rey don Juan, por vos muriendo,
una cosa os encomiendo;
mi única joya preciada,
¡mi hija...! rey, ¡no os asombre
verme llorar al morir!"
y asi dejó de existir
apenas dijo mi nombre.

Laura. ¿Llorais?

Jim. Sí; pago el tributo
que es debido á su memoria.

Laura. Lamentable es vuestra historia;
cubre el corazon de luto.

Jim. Despues de su muerte, yo
á palacio fuí llevada
y á la reina encomendada,
que su dama me nombró.
Pasado algun tiempo vi
alli en la corte á Vivero,
el mas gentil caballero
que en mis dias conocí.
Era de don Juan doncel
y de contino le via,
conoció mi simpatía
y aficionóseme él.
Dióme á entender sus amores;
yo me rendí á sus protestas,
y en las zambras y otras fiestas
vestimos unos colores.
Mas tambien fue breve y vana
por esta vez mi alegría:
socorros al rey pedia
el príncipe de Viana;
don Juan á su hijo mandó

con soldados y dinero,
y el desdichado Vivero
con el príncipe partió.
En Navarra su pujanza
dió á Castilla alto renombre,
haciendo en breve su nombre
mas temible que su lanza.
Pero ¡ay! que si nunca pudo
contrario alguno domarle,
no fue imposible cercarle
sirviendo á Carlos de escudo.
En poder el de Viana
cayó del rey su enemigo,
teniendo en Aibar consigo
á Vivero.

Laura. ¡Suerte insana
y enemiga por demas!

Jim. Terrible, Laura, cruel.

Laura. ¿Y supísteis despues de él?

Jim. No he vuelto á saber jamas.

Laura. (*Mirando adentro.*)
El rey se acerca hácia aqui:
con don Alvaro pasea.

Jim. Vamos, Laura, no nos vea.

Laura. ¿Á palacio?

Jim. (*Señalando con la mano el interior del jardin.*)
No, hácia alli.

ESCENA II.

EL REY. DON ALVARO.

Rey. Venid, el mi condestable:
aqui en el jardin podemos
sin testigos importunos
departir con mas secreto
cosas que á vos interesan,
y á mí, y aun á todo el reino.

Alv. Que son cosas que se fraguan
en nuestro daño sospecho:

puede contar vuestra alteza
con mi brazo y con mi acero.

Rey. Ya sabeis con cuánto gusto
vuestro vasallaje acepto,
don Alvaro: conoceis
el cariño que os profeso;
sabeis que viene de antiguo
el origen de mi afecto;
y que si es verdad que siempre
mis gustos fueron los vuestros,
lo es tambien que mil pesares
me ha ocasionado teneros
siempre junto á mí, malgrado
de infanzones altaneros.

Alv. Y sé ademas, rey don Juan,
que cuando han turbado el reino
los estraños y los propios
con guerras y desafueros,
fuí yo siempre con mi gente
en la campaña el primero,
ora venciendo sus huestes,
ó frustrando sus proyectos.

Rey. Harto sé vuestros servicios,
escusad esos recuerdos.
En pocas palabras, Luna,
teneis que partir, y luego,
de mi corte.

Alv. ¿Asi pagais
mi adhesion y mis esfuerzos?
¡me desterrais...! por dar gusto
á traidores consejeros:
dudo si soñando estoy.

Rey. Condestable, no os destierro;
pero es preciso que vos,
por nuestro comun provecho,
os aparteis de mi lado,
es forzoso: me enternezco
solo al pensarlo; los nobles
asi lo exigen: yo debo
darlos gusto.

Alv. ¡Darlos gusto!
Vive Dios que me avergüenzo
de que asi un rey de Castilla
se muestre débil, pudiendo
aterrar con solo un grito
á esos vasallos protervos.

Rey. Quereis que nuevos disturbios
alteren la paz del reino?
¿quereis que presa otra vez
por los nobles turbulentos,
y ajada mi real persona,
se resientan los cimientos
del mismo trono?

Alv. Don Juan,
vuestro honor es lo que quiero:
confunda vuestro poder
á esos hombres altaneros:
una órden dadme, una sola,
y á morder van al momento
la tierra que pisan...

Rey. ¡No!
harto de sangre sedientos
habeis todos derramado
la de tanto infeliz pueblo:
vuestra obediencia tan sola,
condestable, es lo que quiero.

Alv. ¡Mi obediencia...! ¿y qué se cifra
en ella, rey?

Rey. El sosiego,
la paz.

Alv. Don Juan, ilusiones
son esas: vanos ensueños
os forjais... ¿buscais la paz
¡la paz! gobernando el reino
ambiciosos ricos homes
que han conquistado sus puestos
á viva fuerza, y que tienen
tantos rivales entre ellos?

Rey. Condestable, asi es preciso:
hacedlo por mí; os lo ruego:

si algun amor conservais
al antiguo compañero
de vuestra infancia, marchad,
salid de Burgos: ya os tengo
ofrecido antes de ahora,
y por mi fé os lo prometo
segunda vez, conservaros
todos cuantos privilegios
os he concedido, y mas
os doy en este momento,
el Ducado de Trujillo:
hacedlo, Luna; os ofrezco
que volvereis á mi lado
asi que aquietado el reino
se encuentre.

Alv. Basta, don Juan:
no mas mercedes anhelo;
que aunque tarde, reconozco
lo que importa el valimiento
de los reyes: sé muy bien
que hay en Burgos de secreto
hombres de armas destinados
contra mí; sé que un refuerzo
traerá el conde de Plasencia
ademas...

Rey. ¿Si sabeis eso,
por qué despreciais ingrato
mis amistosos consejos?

Alv. Porque os perdeis vos tambien
al tiempo que yo me pierdo;
porque no se dobla á nadie
la rectitud de los cetros;
y porque no es justo, en fin,
que asi logren sus intentos
hombres cobardes.

Rey. ¿Oís?
gente se acerca; silencio.

ESCENA III.

DICHOS. EL CONDE DE HARO.

Rey. ¿Qué se le ocurre al de Haro?
Haro. Guarde á vuestra alteza el cielo.
Rey. ¿Llegó el conde de Plasencia?
Haro. Con trescientos ballesteros
entró en la ciudad no ha mucho,
y ahora viene sus respetos
á ofrecer á vuestra alteza:
en palacio espera...
Rey. Debo
verle al punto, y darle gracias
por el solícito esmero
con que ha cumplido mis órdenes.
Haro. Es ley, señor, asi hacerlo.
Rey. Vos, condestable, despues
cuidad de verme, que tengo
algunas cosas que hablaros.
Vamos, conde.
Haro. Os obedezco.
Alv. (*Aparte al rey.*)
Tenga presente su alteza
en oportuno momento
que el de Luna no es cobarde,
y que siempre fue muy vuestro.

ESCENA IV.

DON ALVARO.

Ya, don Álvaro, menguando
va el esplendor de tu luna:
tu poder se va estrellando
contra el poder de otro bando;
¿sucumbirás por fortuna?
¡Sucumbir...! ¿y mi ambicion?
vive Dios que fuera mengua:

pero ¡ay! que en esta ocasion
desmiente mi corazon
lo que pronuncia mi lengua.
Si en pobre cuna nací
fruto de bastardo amor,
¿qué he venido á hacer yo aqui?
¿por qué ha de cegarme asi,
trono, tu vano esplendor?
Todo falsedad, mentira,
es la corte y su privanza,
veneno que solo inspira
á quien de cerca la mira
envidia y sed de venganza.
Mas yo que conozco tarde
su perfidia y sus engaños,
¿por qué he de ceder cobarde,
ya que de él tengo hecho alarde,
un poder de tantos años?
¡Jamas, jamas...! ¿ceder yo?
¿y á la nobleza altanera!
se engaña quien lo pensó:
de grado tal vez cediera,
pero por fuerza... eso, ¡no!

ESCENA V.

DOÑA JIMENA. LAURA.

Laura. Se marcharon al momento,
ya estamos en libertad:
aqui hay, señora, un asiento:
venid, venid, descansad.
Jim. (*Reclinándose en un banco de piedra.*)
Aprovecho la ocasion.
No sé qué oculto beleño
entorpece mi razon
y me está brindando al sueño.
Laura. Un momento de sosiego
os viniera bien á fé.
Jim. Es verdad, sí; vuelve luego:
ahora, Laura, déjame.

ESCENA VI.

DOÑA JIMENA.

¿Por qué el recuerdo de mi tierna infancia
vierte en mi pecho tan amarga hiel?
¿Por qué el hado con bárbara constancia
asi me aflige sin cesar cruel?
Tristes memorias mi afligida mente
se complace tan solo en recordar,
y pasan una á una velozmente,
y tornan mis dolores á aumentar.
Ven, sueño, ven, que tú eres en mi duelo
único alivio á mi dolor tenaz,
mi único dulce bienhechor consuelo:
ya siento que se acerca, llega en paz.
(*Se queda dormida.*)

ESCENA VII.

DOÑA JIMENA, *dormida.* VIVERO *completamente armado á uso del siglo* XV. CHACON.

Chac. Pardiez, señor, es estraño
que tengais tales caprichos.
Vivero. He de ver al rey, Chacon,
al instante: asi es preciso.
¿No nos dijeron afuera
que se hallaba en este sitio?
Chac. Ya veis que no le encontramos:
tengo los huesos molidos
de correr... ¡catorce leguas!
trepando cuestas y riscos,
y en una sola jornada.
Vivero. Todo necesario ha sido
para escapar de las garras
del de Navarra...
Chac. (*Viendo á Jimena, en quien no habian reparado hasta ahora.*)

¡Quedito!
Venimos buscando reyes
y encontramos angelitos
dormidos sobre las piedras:
llegad, mi señor...

Vivero. (*Contemplando á Jimena de cerca.*)
¡Qué miro!
es Jimena... ¡Dios eterno,
siempre bella...!

Chac. Es un prodigio.

Vivero. ¡Jimena, Jimena...! ¿Es cierto
que te vuelvo á ver...? ¡bien mio!
¡cuántas penas me ha costado
tu memoria...!

Chac. (¿Con suspiros
se nos viene...? ¿qué apostamos
á que pierde los estribos
el buen amo, y se le antoja
hacer algun desatino?
¡Pobre niña...! pero no...
con tanto correr... pues digo,
que está ahora el cuerpo á propósito
para cosas de amoríos.) (*Ap.*)

Vivero. Vete, Chacon.

Chac. ¿Qué decís?

Vivero. Que te vayas.

Chac. ¿Ahora mismo?

Vivero. En el momento.

Chac. ¡Pardiez!
que jamas en los peligros
me ha mandado que le deje.
¿Parece que no es preciso
ya ver al rey?

Vivero. No, Chacon.

Chac. De ese modo...

Vivero. ¡Por Dios vivo!
obedece y no repliques.

Chac. Obedezco y no replico.
(Dios del débil, dadla fuerzas,
porque el hombre es algo arisco.) (*Ap.*)

ESCENA VIII.

VIVERO. DOÑA JIMENA.

Vivero. Objeto de mi amor, prenda querida,
despues de males y peligros tantos,
vuelvo á tu lado á embellecer mi vida,
vuelvo esclavo á gemir de tus encantos.
No mas guerra, no mas, solo la llama
arde de amor en mi abrasado pecho:
en vano del Dios Marte la oriflama
apagarla pretende á mi despecho.
¿Qué triunfos, qué laureles, qué despojos
en las lides jamas ganó mi espada
que puedan compararse de tus ojos
á una sola de amor dulce mirada!
Despierta, ídolo mio, y á tu lado
mira de nuevo á tu amador rendido.
(*Jimena se agita entre sueños.*)
Mas sus labios mi nombre han pronunciado...
¡y pude necio yo temer su olvido!
sueña... sin duda el corazon la anuncia
un término á su largo y triste duelo:
y es mi nombre ¡mi nombre! el que pronuncia:
aqui estoy á tus pies... ¡angel del cielo!
(*Arrodillándose.*)

Jim. (*Los dos versos primeros los recita incorporándose; despues vuelve á reclinarse.*)
¡Vana, vana ilusion...! ¡esa es su sombra
que me finge de amor el frenesí:
¡el eco de su voz ya no me nombra!

Vivero. Héme, hermosa Jimena, héme ante tí.
(*Tomándola una mano y despertándola.*)

Jim. (*Se levanta.*)
¿Me engaña mi fantasía,
ó estamos juntos los dos?
¡Alfonso!

Vivero. ¡Jimena mia!

Jim. ¡Yo que sueño le creía,

y es realidad...! ¡justo Dios!

Vivero. Tambien, Jimena, soñabas,
y en tu profético ensueño
de placer me enagenabas,
porque el nombre pronunciabas
del que te aclama su dueño.

Jim. Ese nombre, Alfonso, aqui
le tuve siempre esculpido,
mientras tú lejos de mí
tal vez dabas al olvido
mi amoroso frenesí.

Vivero. Calla, ingrata... ¡olvidar yo
tu cariño y tu ternura!
Jamas Alfonso olvidó
á la hermosa en quien cifró
su amor todo y su ventura.
¿Y tú has podido creer
que Alfonso infiel te sería?

Jim. No supe lo que decia.
¿Cómo es que te vuelvo á ver?

Vivero. Escucha, Jimena mia.
El rey me alejó de aqui,
si el corazon no me engaña,
por separarme de tí,
por eso de su orden fuí
con don Enrique á campaña.
Y á la par que maldiciendo
siempre esa guerra importuna,
alli entre el marcial estruendo
pensé cambiar combatiendo
nuestra contraria fortuna.
Donde los peligros, yo
alli el primero á buscarlos:
jamas mi pecho tembló;
por eso el príncipe Carlos
mil honras me dispensó.
Pero ¡ay! en hora menguada
me llevó una vez consigo
sobre Aivar, villa cercada,
pues fuimos en la jornada

presa del rey su enemigo.
Prisioneros en Estella
juntos el príncipe y yo
maldiciendo nuestra estrella
¡cuánta amorosa centella
en mi pecho se encendió!
En la vigilada almena
con cánticos de amargura
Carlos plañia su pena,
y yo lloraba, Jimena,
nuestra fatal desventura.
Mas al fin, hermosa mia,
tuvo el cielo compasion,
pues lució dichoso un dia
en que burlando al vijía
pude huir de la prision.
Don Carlos se quedó alli
por convenencia de estado:
yo desque libre me vi
á mis banderas volví,
del príncipe Enrique al lado.
Lleno Enrique de contento
me despachó con urgencia
para Burgos, y al momento
salgo alli del campamento
en alas de mi impaciencia.
Á Burgos llego por fin:
busco en palacio á don Juan;
me mandan á este jardin,
y hallo en él un serafin
dormido entre el arrayan.

Jim. ¡Alfonso...! qué lisonjero...

Vivero. ¿Tan poca fé yo te inspiro?

Jim. Gente se acerca, Vivero.

Vivero. De nadie ser visto quiero:
aqui á un lado me retiro. (*Se oculta.*)

ESCENA IX.

DOÑA JIMENA. DON JUAN DE LUNA.

Juan. (¿Tan sola Jimena
y en sitio apartado?
fortuna ha guiado
mis pasos aqui.
Si osado la digo
mi afan amoroso...
¿saldré victorioso?
yo pienso que sí.) (*Ap.*)
Dios guarde al lucero
de toda Castilla,
la estrella que brilla
con mas esplendor...

Jim. Estais cortesano:
ya es esa, el de Luna,
lisonja importuna:
callad, por favor.

Juan. Jamas lisonjeros
han sido mis labios.

Jim. Entonces agravios
haceisme tal vez.

Juan. Piedad... ¡oh Jimena!
¿Por qué asi me miras?
Depon esas iras,
depon la altivez.

Jim. Tened esa lengua,
tened, que me infama.
¿Por qué asi á una dama
cobarde injuriais?
Jamas os creyera,
don Juan, tan osado;
que estais ya casado
sin duda olvidais.

Juan. ¡Mi lengua ofenderte!
¡Jimena...! esos lazos
mañana pedazos
ú hoy mismo se harán,

:

que tanto en mí puede,
gentil criatura,
tu amor, tu hermosura...
(*Jimena da muestra de impaciencia.*)
¿no escuchas mi afan?

Jim. ¡Silencio...! dejadme:
silencio, os repito:
yo nunca un delito
podré consentir.
¿Quereis, mal que os pese,
que todo os lo diga?
por si algo os obliga
habreislo de oir.
Sabed lo primero
que no quiero oiros,
que vuestros suspiros
enfado me dan;
que vuestras protestas
y vuestros amores,
y vuestros favores
me cansan, don Juan.

Juan. ¿Los dos aqui solos,
muger orgullosa,
y tu lengua osa
mi amor propio herir?
¡Pardiez! no conoces
acaso al de Luna:
¿mi hablar te importuna?
pues hasme de oir.
Murió allá en Navarra
tu amante Vivero:
esto es lo primero,
escucha el final...
¿Qué miras? no hay nadie,
da rienda á tu pena,
no temas, Jimena,
de mí ningun mal.
Detente... ¿te marchas?
(*Jimena va á marcharse. Don Juan la detiene tomándola bruscamente una mano.*)

por Dios soberano
que mas bella mano
no he visto jamas.
Parece que tiemblas.
¿Dó está aquella furia?
¿Por qué no me injuria
tu labio ya mas?

ESCENA X.

DICHOS. VIVERO, *con la visera calada.*

Vivero. (Harto estuve ya callando:
no mas insultos tolero.) (*Ap.*)
Mal parece un caballero
á una dama amenazando.
¡El de Luna...! os confundís...
ahora el que tiembla sois vos.
Juan. Atrevido sois por Dios;
con mucho fuero venís.
Si porque estais tan armado
hablais con tanta osadía,
os engañais á fé mia:
tengo yo valor sobrado
para...
Vivero. Sí, teneis valor
para ofender á una dama.
Juan. Callad, callad; nadie infama
impunemente mi honor.
Vivero. Como tengais el arrojo
para vengar una ofensa,
que con la dama indefensa...
Juan. Temed, si os burlais, mi enojo.
¿Quién sois, que asi os atreveis
á insultar á un caballero?
Descubrid...
Vivero. Mirad. (*Alzándose la visera.*)
Juan. ¡Vivero!
Vivero. Ya, don Juan, me conoceis.
Juan. ¡Vos aqui...!

Vivero. ¿Muerto en campaña
fue Vivero? pues su sombra
parece que no os asombra,
y es por cierto cosa estraña.
Juan. ¡Vive Dios!
Jim. Basta, os perdono.
Vivero. Y yo tambien: idos, Luna.
Juan. ¡Perdonarme...! ¿por fortuna
olvidais los dos mi encono?
Ved cómo me he de marchar.
Vivero. De buen grado.
Juan. (*Sacando la espada.*)
No, primero
el buen temple de mi acero,
Alfonso, habeis de probar.
Vivero. (*Desenvainando tambien.*)
Si vos lo quereis asi...
Jim. (*Interponiéndose entre ambos.*)
¡Luna...! ¡Alfonso! ¡por piedad!
Vivero. Deja, Jimena.
Juan. Apartad.
Jim. (*Gritando en el foro: Vivero y don Juan riñen entre tanto: Laura llega sobresaltada.*)
¡Laura! ven: ¡triste de mí...!
¡Laura, Laura...!

ESCENA XI.

DICHOS. LAURA.

Laura. ¡Santo cielo!
¿Qué ruido es este, señora?
Caballeros, en mal hora
vinisteis con vuestro duelo
á redoblar nuestra pena.
Mirad, por allí el rey viene.
Juan. Disimular me conviene.
(*Envainando la espada.*)
Vivero. Venid conmigo, Jimena.
(*Envainando tambien. Se lleva á Jimena por el*

foro, Laura los sigue, don Juan empieza á recitar los versos de la escena siguiente antes de que se oculten.)

ESCENA XII.

DON JUAN.

El rey viene, sí, es verdad:
disimular es preciso:
vuestra suerte asi lo quiso,
pero mis iras temblad.
El valimiento y pòder
del condestable mi tio
pronto estará á mi albedrío:
ó vengarme, ó perecer.
Me consuela esa esperanza;
será inútil su defensa,
que si ha sido atroz la ofensa
lo ha de ser mas la venganza.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon regio, con un solo sillon para el rey.

ESCENA PRIMERA.

DON ALVARO. HARO. PLASENCIA.

Alv. Ved, condes, de qué manera
he de salir de palacio.
Plas. A estar, Luna, mas despacio,
vive Dios que os lo dijera.
Haro. Callad, señores, callad;
vuestra lengua se propasa,
y estais del rey en la casa:
esa es mucha libertad.
Alv. Donde me buscan, el de Haro,
sin ver el sitio en que estoy
alli la respuesta doy.
Haro. Eso ya raya en descaro.
Plas. Condestable, la insolencia
era buena para ayer,
hoy no, que vuestro poder
va ya mucho en decadencia.
Alv. Pensad bien lo que intenteis,
no se vuelva en vuestro daño
ahora tambien como antaño
el lazo que me tendeis.
Plas. Jamas traidores seremos,
orgulloso condestable;
vuestro yugo abominable
solo quebrantar queremos.
¿Os parece buena ley
que os ciñais vos la corona,

tirano de la persona
y los estados del rey?
¿Os parece bien, por Dios,
que inclinada la cabeza
tenga siempre la nobleza
donde estuviéredes vos?
¿Y que sus tierras y feudos,
por saciar un vil enojo,
pasen asi por antojo
á poder de vuestros deudos?
Ya no mas: harta mancilla
sobre nuestra frente vimos,
harto tiempo esclavos fuimos
los señores de Castilla.

Haro. Tiene sobrada razon
ahora el conde de Plasencia:
harto tiempo con paciencia
sufrimos tanto baldon.

Alv. ¡Con paciencia...! por mi vida
que os engañásteis los dos.

Plas. El que se engaña sois vos.

Alv. Calle esa lengua atrevida.
(*Sacando la espada.*)
¡Por Santiago...! ya es vileza
tamaña ofensa sufrir:
mi espada os sabrá decir
quién debe mandar.

ESCENA II.

DICHOS. EL REY.

Camarero. (*Anunciando y vase; don Alvaro envaina la espada cuando empieza á hablar el rey.*)
Su alteza.

Rey. ¡Viéndolo estoy y aun lo dudo!
Atrevido condestable,
¿qué haceis aqui, miserable,
con el acero desnudo?

Alv. Vasallo fiel defendiendo

estaba al rey mi señor
contra el acento traidor
de alguno que aqui estais viendo.
Si hay para la lealtad
ley que marque alguna pena,
esa, señor, me condena,
y no otra alguna.

Rey. Callad,
y dad las gracias al cielo
ya que para vuestra mengua
no os mando cortar la lengua:
galardon que vuestro celo
solo merece...

Alv. Señor...
si vos lo ordenais asi...

Rey. Basta ya: marchad de aqui.

Plas. No, primero por favor
déme su alteza licencia
para que pueda mi labio...

Rey. ¿Quereis vengar vuestro agravio?
Hablad, conde de Plasencia. (*Se sienta.*)

Plas. Juro á fé de castellano
que el condestable ha mentido
por defenderse atrevido
de su proceder villano.
Que no son traidores, rey,
no, los grandes de Castilla,
sino el hombre que mancilla
á un tiempo el trono y la ley.
No es traidor el que defiende,
señor, vuestra libertad,
el que mira por la paz
cuando la guerra se enciende:
el que con su gente acude
á sostener la corona
cuando el poder que la abona
ha menester quien le ayude.
No es traidor, don Juan, no lo es,
el que vuestro bien procura,
el que su adhesion os jura

rendido aqui á vuestros pies.
(*Arrodillándose y volviéndose á levantar.*)

Rey. Alzad, conde de Plasencia:
me es grato vuestro homenaje.

Plas. Las gentes, señor, que traje
estan á vuestra obediencia.

Rey. Gracias, conde: vos podeis
marcharos, Luna, de aqui.

Alv. Antes de tratarme asi
os ruego que me escucheis.
Recordad, don Juan Segundo,
quién en vuestros tiernos años
os mostraba los engaños
y las perfidias del mundo.
Recordad quién fue el primero
que halagó vuestra existencia
en la edad de la inocencia
con su cariño sincero.
Recordad quien ensayó
vuestras fuerzas cuando niño,
y el primero que el armiño
de los reyes os vistió;
quién distrajo vuestras penas
con agradables canciones
al pie de los torreones,
y en las góticas almenas.
Recordad quién dirigió,
en las vegas de Granada,
vuestra hueste entusiasmada
que al musulman derrotó.
Cuando la altiva grandeza
alzando rebelde grey,
osó de su mismo rey
amenazar la cabeza,
entonces, rey, recordad
quién fue el vasallo primero
que esgrimió por vos su acero
y os volvió la libertad.
Ved quién alza en vuestra tierra
los bandos y las facciones;

quién enciende las pasiones
y las incita á la guerra.
Y en fin, mirad que la envidia
y la sed de la ambicion,
con máscara de adhesion
quieren cubrir su perfidia.
El velo infame rasgad
que oculta tantos engaños,
si evitar quereis mas daños:
harto os digo, perdonad.

(*Vase: el rey queda sumergido en profunda meditacion.*)

ESCENA III.

EL REY. HARO. PLASENCIA. *Despues* UN CAMARERO.

Plas. ¡Atrevimiento notable!
Mucho ha sido el desenfado.
Haro. Sí, pero el rey ha escuchado
con placer al condestable:
mirad, en éxtasi está
repasando lo que ha oido.
Plas. Pues yo le juro al valido
que esta vez no le valdrá.
Camar. Vénia pide para hablar
con su alteza un caballero
que ha estado allá prisionero
en Navarra.
Rey. Puede entrar.

(*Saliendo de su distraccion: vase el camarero: momento de silencio.*)

ESCENA IV.

LOS PRECEDENTES. VIVERO.

Vivero. Salud á vuestra alteza y largos años;
dejad, señor, que humilde vuestras plantas
llegue á besar...
Rey. ¡Alfonso de Vivero!

Vivero. Mis hierros quebrantar logré en Navarra,
y vuelto á mis banderas, vuestro hijo
con pliegos para vos aqui me manda.
Rey. Levantaos, Alfonso, y en buen hora
piseis el pavimento de mi alcázar.
Vivero. Estos los pliegos son.
(*Dándole unos papeles cerrados.*)
Rey. (*Ojeándolos.*) Cosas de guerra.
Oid, condes, oid, ved si os agradan
los proyectos de mi hijo don Enrique.
(*Leyendo.*) "Marchar pienso, señor, sobre Tafalla,
pues de librar al príncipe don Carlos
el conde de Lerin me da esperanzas:
para gloria y orgullo de Castilla
tiembla nuestro poder el de Navarra,
y treguas pide, que, si á vos os place,
licencia me dareis para negarlas."
No hay que dudar: despues me recomienda
vuestros grandes servicios en campaña,
que son dignos por cierto de mi aprecio.
Vivero. Hice, señor, lo que el deber mandaba.
Rey. Daros el galardon me corresponde:
¿ tenéisme que pedir alguna gracia?
Vivero. Ninguna mas, señor, que vuesa alteza
me dé á besar su mano:
(*El rey se la alarga: Vivero se arrodilla para besársela.*) esto me basta,
y escede á mi ambicion...
Rey. Alzad del suelo,
mi contador mayor.
Vivero. Mercedes tantas...
Rey. No son todas aun; otra os reservo
que ha de seros, yo pienso, muy mas grata.
¡Hola! (*Llamando: sale el camarero.*)
Camar. Señor.
Rey. Decid á Juan de Luna
que al punto se presente en esta cámara.
(*Vase el camarero.*)
Aguardad aqui, condes: vuelvo luego.
Y tú, mi contador, tambien aguarda.

ESCENA V.

DICHOS, *menos* EL REY.

Vivero. (¡Mandar venir á Luna...! estoy confuso:
acaso pudo ver que las espadas
en el jardin sacamos.) (*Ap.*)
Haro. En buen hora
recibais las bondades del monarca.
Plas. Yo con gusto tambien os felicito,
mi amigo el contador.
Vivero. Yo os doy las gracias.
Plas. ¿Sabeis si hablaba el príncipe en sus pliegos
algo del condestable?
Vivero. No sé nada;
mas presumo que sí, porque pretende
derribarle del puesto en que se halla.
Plas. ¿De qué bando sois vos?
Vivero. ¿Yo? De ninguno.
Plas. De alguno de los dos justa es la causa.
Vivero. De gratitud me ligan fuertes vínculos
al señor condestable: allá en Navarra
tambien quedé obligado con el príncipe:
ser imparcial me toca.
Plas. Eso no basta;
á su lado ó al nuestro: el reino todo
de sufrir á don Alvaro se cansa.
Vivero. Yo solo sirvo al rey.
Plas. El rey hoy mismo
ha resuelto dar fin á su privanza,
y en breve de Castilla desterrado
irá con su ambicion á otras comarcas.
Haro. Es temible su orgullo, tiene gente,
y es facil que nos cueste una batalla
su caida.
Plas. No tal; esos temores
solo á espíritus débiles asaltan.
¿Olvidásteis tan pronto que á mi orden

tengo hoy en Burgos cuatrocientas lanzas?

Haro. Silencio: Juan de Luna hácia aqui viene.

ESCENA VI.

LOS PRECEDENTES. DON JUAN DE LUNA.

Juan. Á Dios, condes.

Haro y Plas. Á Dios.

Juan. ¿No me llamaba
el rey á este lugar?

Plas. Sí; vuelve al punto.

Juan. ¿De mandarme venir cuál es la causa
sabeis acaso, condes?

Plas. La ignoramos:
él viene aqui á decirlo.

Camar. Plaza, plaza.

ESCENA VII.

DICHOS. EL REY. DOÑA JIMENA. LAURA. RIVADENEIRA. RICOS-HOMBRES. PAJES.

Juan. (¡Jimena con el rey... y aqui Vivero!
Crece en mi pecho de vengarme el ansia.) (*Ap.*)

Rey. Venid, la dama hermosa; hoy mismo quiero
daros á demostrar cuánto me es grata
vuestra ventura: el corazon me anuncia
que acierto he de tener para colmarla.
Como un valiente pereció á mi lado
de Olmedo vuestro padre en la batalla,
fue vuestro nombre su postrer suspiro,
y os dejó á mi cuidado encomendada.
Perdonad si os recuerdo cosas tristes,
pues es indispensable recordarlas.
Yo os trage á mi palacio, y en el punto
os presenté á la reina, que su dama
complacida os nombró; fueron creciendo
al par que vuestros años, vuestras gracias,
y numerosa corte os cercó en breve

de mil adoradores entusiastas.
Uno entre los demas conseguir pudo
fijar vuestra atencion, mas yo á Navarra
al punto le mandé: ¿quereis que os diga,
si de aqui le alejé, cuál fue la causa?
Quise, Jimena, que de vos se hiciera
digno por los esfuerzos de su espada;
quise lograr que asi como de hija
un valiente guerrero el nombre os daba,
otro valiente vuestro esposo fuera:
solo por eso le mandé á campaña.

Jim. Recibid, justo rey, hoy de mi pecho
la gratitud sincera que os consagra,
ya que huérfana triste de otro modo
no pueda compensar mercedes tantas.

Rey. Asi, Jimena, os quiero; vos, Alfonso,
llegaos hasta aqui...

Vivero. ¡Siento en el alma
el mas vivo placer...! ¡Oh rey magnánimo!
deja que bese el polvo de tus plantas.
(*Arrojándose á los pies del rey.*)

Alv. Sed felices esposos: Juan de Luna,
el próximo domingo, que es la Pascua
de la Resurreccion, vos en mi nombre
habreis de conducirlos hasta el ara:
quiero arreglar asi las diferencias
que entre los dos existen.

Juan. Dicha tanta
me llena de placer...

(*Durante esta escena habrá estado hablando algunas veces con Rivadeneira misteriosamente.*)

Rey. Asi lo creo.

Juan. (¡Mañana viernes santo! Á mi venganza
le sobra tiempo aun.) (*Ap.*)

Vivero. Jimena, hoy vemos
cumplida ya por fin nuestra esperanza.

Jim. Sí, Alfonso; oyóme Dios.

Rey. Vamos ahora
á dar cuenta á la reina, que en su estancia
nos espera tal vez: vosotros, condes,

los testigos sereis; venid.

(*Van saliendo por su orden: al hacerlo Rivadeneira le detiene don Juan, que habrá permanecido en la escena.*)

Juan. Aguarda.

ESCENA VIII.

DON JUAN. RIVADENEIRA.

Juan. Ven, Fernando, que mi pecho
necesita desahogarse.
¿Has visto mas desgraciado
hombre que yo...? ¿no escuchaste
que el rey quiere que en su nombre
sea padrino en el enlace
de la orgullosa Jimena
con mi rival detestable?
¡Cuál se alegrarán los pérfidos!
de furor mi pecho arde:
¡cómo destroza mi mente
el recuerdo de mi ultraje!

Rivad. Fue, señor, temeridad
acudir en aquel lance
á la fuerza.

Juan. ¿Quién creyera
que en momentos semejantes
estuviera en el jardin
oyéndome el miserable?
Bien lejos yo le creía,
Fernando, de aquel parage.

Rivad. ¿Pero ello es en fin, señor,
que hubísteis de acuchillarle?

Juan. Sí, Fernando; ciego yo
de furor y de corage,
alli mismo de la espada
tiré resuelto á vengarme,
y aunque Alfonso estaba armado,
vertido hubiera su sangre
á no evitarlo Jimena:
dió á gritar, y en el instante

acudió su camarera,
y nos recordó el parage
en que estabamos; nos dijo
que el rey con algunos grandes
se acercaba, y era cierto:
asi me fue indispensable
disimular por entonces
mi furor...

Rivad. Lástima grande
fue hallaros en aquel sitio:
¿pero en fin no os aplazásteis
para en momento oportuno
proseguir vuestro combate?

Juan. No, Fernando; y ahora encuentro
motivos para alegrarme,
pues á tomar con la espada
venganza de aquel ultraje,
mi afrenta se hubiera hecho
mas pública, y el desaire
se hubiera entonces doblado:
y no debiera estrañarte
mi comportamiento á tí
que sabes, mejor que nadie,
que es el tema favorito
de que yo siempre hago alarde:
paciencia, y *mala intencion*.
¿Piensas tú que ha de quedarse
impune la ofensa hecha
por un rival miserable
al orgulloso don Juan,
sobrino del condestable,
señor de muchos castillos,
y de villas y lugares?
Si lo has creido, Fernando,
vive Dios que te engañaste:
porque está ya bien probado
que el que desea vengarse,
si quiere que no le salgan
fallidos nunca sus planes
debe con pies de tortuga

dar los pasos; bien lo sabes.

Rivad. Me convenceis; y ademas
fuera mengua que en la sangre
del traidor Perez Vivero
vuestro acero se manchase.
Una intriga cortesana
mas airoso de este lance
pudiera sacaros: ahora
ocasiones favorables
mejor que nunca teneis.

Juan. Bien lo sé: tú adivinaste
mi pensamiento: se encuentran
cabalmente en este instante
los negocios de mi tio
don Alvaro, el condestable,
mejor que jamas pudieran
para servir á mis planes;
pues aunque en verdad menguando
va su poder, aun bastante
tiene para no sufrir
que quiera menoscabársele
Alfonso, que fue su hechura,
en la mas mínima parte.
Mas para llevar á cabo
cualquier cosa que intentase,
he menester el apoyo
de algun otro, que ayudarme
quisiera...

Rivad. Señor, me acuerdo
de mi infancia y de mis padres;
me acuerdo que nací pobre
y de plebeyo linage;
que no pude prometerme
pisar jamas los umbrales
de palacio; pero vos
vuestra mano me alargásteis,
y á pesar de estar tan bajo
pude hasta vos elevarme.

Juan. ¿Y para qué esos recuerdos
á la memoria me traes?

Rivad. Para deciros con ellos
que jamas podré olvidarme
de los favores que os debo;
para haceros ver que sabe
ser Fernando agradecido,
como ahora mismo si os place
puede probároslo.

Juan. Admito
con placer el homenage
que tu gratitud me rinde:
sí, Fernando, confiarme
quiero en un todo de tí.

Rivad. Pues bien, señor, escuchadme:
ahora aqui mismo podemos,
sin que nos perturbe nadie,
examinar bien los medios
y forjar todos los planes
para el logro de una idea
que me ocurre en este instante:
me habeis dicho que don Alvaro
tiene poder aun bastante
para sentir que cualquiera
pretenda de él despojarle.
¿Conoceis al confesor
de doña Jimena...?

Juan. ¿Un fraile
domínico?

Rivad. Sí; en palacio
sé que se halla en este instante.

Juan. ¿Y eso qué importa?

Rivad. ¿Qué importa?
mucho, si quereis fiarme
el plan de vuestra venganza.

Juan. ¿Y qué ha de hacer el buen padre
para...

Rivad. Puede hacerlo todo,
si metiéndole en el lance
se le ofrece un buen partido,
y ofrecer ya veis que es facil.
¿No es mañana viernes santo?

Juan. Sí.
Rivad. ¿Y no sabeis que el rey sale
á visitar las iglesias?
Juan. Es su costumbre: adelante.
Rivad. ¿Irá á la iglesia mayor?
Juan. De seguro.
Rivad. Pues el padre
de quien íbamos hablando,
no quisiera equivocarme,
predica mañana en ella.
Juan. Esplícate mas...
Rivad. Dejadme,
que presto lo sabreis todo:
ahora vamos á otra parte.
¿Deseais vos que la corte
deje el señor condestable?
Juan. Sí, Fernando; y de tal modo,
que á ello quisiera obligarle
por cualquier medio; pues veo
que un sin número de males
amenazan su cabeza,
y no han de poder librarle
ni la astucia ni el valor
en esta ocasion como antes.
Por mas que asi se lo digo
son mis consejos en valde;
y es lo mas malo del caso
que en su ruina á sus parciales
ha de envolver de seguro.
Rivad. Pues si quereis que se salve
huyendo con tiempo, puede
conseguirlo el mismo padre.
Juan. El tal hombre es un antídoto
que cura todos los males.
Vive Dios que me confundes:
vas á decirme qué enlace
tiene esto con lo primero.
Ridav. Las dos cosas puede el fraile
hacer á la vez...
Juan. No entiendo.

Rivad. Y ademas el condestable
os vengará por sí propio
sin saberlo...

Juan. ¿Tú burlarte
piensas acaso...? ¡Por Cristo!
(*Echando mano á la espada.*)

Rivad. ¡Don Juan, yo con vos burlarme!
no me conoceis; se trata
de vengaros: ha un instante
que me dísteis para ello
todas vuestras facultades;
yo con mi cuello os respondo
que está en manos de ese fraile
hacer todo cuanto he dicho.
Aqui un momento esperadme;
vóy por él, y estando juntos
aqui los tres será facil
á vos, señor, entenderme,
y á mí, don Juan, esplicarme.
Pero es preciso el sigilo:
sobre todo, el condestable
es el que mas nos conviene
que esté del caso ignorante.

Juan. Cada vez te entiendo menos:
¿no dices que ha de obligarle
el fraile á dejar la corte?

Rivad. Sí, le obligará á marcharse,
y os juro que ha de alcanzarlo
sin necesidad de hablarle.

Juan. Me llenas de confusiones:
vete pues...

Rivad. Vuelvo al instante.
(¡La sima que ha de tragaros,
imbécil, tú mismo la abres!) (*Ap.*)

ESCENA IX.

DON JUAN: *permanece en silencio algunos instantes.*

¡Cómo en mi mente bullir
siento, pérfida Jimena,

ese recuerdo que llena
de amarguras mi existir.
Imposible es resistir,
sin que estalle, este tormento
que dentro del alma siento:
pero ¡ah! tengo la esperanza
del placer de la venganza,
y ya se acerca el momento.
En hora menguada aqui
trajo á Vivero tu suerte
para perderse y perderte:
en hora menguada, sí.
¡Oh! ¡me ciega el frenesí
recordando su desden...!
¡siento abrasarse mi sien...!
(*Mirando con inquietud por el fondo.*)
Mas ya se acercan los dos...

ESCENA X.

DON JUAN. RIVADENEIRA. EL RELIGIOSO.

Relig. El señor sea con vos
por siempre jamas...
Juan. Amen.
Rivad. Mi comision he cumplido;
ya tenemos aqui al padre.
Juan. Como tu intento nos cuadre
del paso habemos salido.
Rivad. (*Escuchando como con temor.*)
Parece que se oye ruido...
¿no sentís vos?
Juan. Sí, es verdad.
Relig. Venid; con mas libertad
en otra parte estaremos:
en mi convento podemos
hablar seguros...
Juan. Guiad.
(*Vanse los tres por el foro misteriosamente.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Vista esterior de la iglesia mayor de Burgos. A un lado, en el foro, puertas grandes que dan entrada al templo: al empezarse el acto habrá un solo postigo abierto en ellas, por donde entrará y saldrá la gente, que de vez en cuando cruzará la escena por el fondo.

ESCENA PRIMERA.

HARO. PLASENCIA.

Haro. El sermon ya habrá empezado,
y el rey estará en la iglesia:
ya salen algunas gentes.
Plas. Unas salen y otras entran:
sobra tiempo para todo.
Haro. Vos no teneis mucha priesa
segun parece...
Plas. No, conde.
Haro. Ni el sermon os interesa
mucho tampoco.
Plas. Sí á fé:
mas no es justo que me duerma
cuando traigo entre las manos
negocios de consecuencia.
Haro. Mirad, por Dios, lo que hablais.
Plas. ¿No habeis visto esta cuaresma
qué lindamente he dormido
en varios templos la siesta?
Haro. Estais de burlas, el conde.
Plas. No estoy sino muy de veras.
¿Qué quereis? tal es mi genio:
os lo digo con franqueza,
me cansan, no me edifican
esas pláticas eternas.

Haro. Estoy pasmado de oiros:
teneis ancha la conciencia
por demas.
Plas. ¿Quién no la tiene
en circunstancias como estas?
Haro. ¿Habeis hoy perdido el juicio?
me gusta la consecuencia.
¿Con que porque se halle el reino
combatido por opuestas
ambiciones, será bien
que los fieles no lo sean?
¡Por Dios, conde! que los moros
otro tanto no dijeran.
Cuidad cuando hableis conmigo
de refrenar vuestra lengua
antes de tomar por juego
cosas para mí tan serias.
Plas. ¿Es decir que hay dos sermones,
el de adentro y el de afuera,
y vos predicais el uno?
¡Buen modo de que por fuerza
hoy con pláticas cristianas
me calienten las orejas!
Deciros, conde, pensaba
cosas que á los dos de cerca
nos tocan, pero ya no:
vos vereis las consecuencias,
y esto bastará. ¿Sabeis
que acaso en breve su alteza
se entregue completamente
en manos de la nobleza?
Os juro, el de Haro, que hoy mismo
resuelto estará el problema
que ha de hundirnos para siempre,
ó darnos sobrada fuerza
para acabar con don Alvaro.
Haro. Óigaos Dios, el de Plasencia.
Plas. ¿Conoceis de Luna al paje?
Haro. Fernando Rivadeneira
se llama.

Plas. Está á mi servicio;
he halagado su soberbia,
y él nos lo dará hecho todo.

Haro. Mirad, conde, no se vuelva
contra nosotros el lazo
que al condestable se tienda,
segun él nos lo predijo.
(*Óyese gritería dentro del templo.*)
Mas ¿no sentís en la iglesia
un rumor confuso?

Plas. Sí;
es la plebe que vocea.

Haro. Pues no hay para qué dormirnos
cuando la plebe se altera:
bien sabeis que el condestable
á su devocion la cuenta.

Plas. No temais, conde de Haro,
que por esta vez es nuestra:
ahora será bien que entremos.

Haro. Vamos, conde de Plasencia.

(*Entran en la iglesia. La escena permanece muda algunos momentos: vuelve á oirse gritería, y salen embozados en largas capas los interlocutores de la escena siguiente.*)

ESCENA II.

DON ALVARO. DON JUAN. RIVADENEIRA.

Alv. No puedo tolerar mas.

Juan. ¡Qué atrevimiento...! ¡por Cristo!
¿en qué parte se habrá visto
otra igual cosa jamas?

Rivad. ¡Quién pudiera ¡oh Dios! creer
que en un tan solemne dia
esa infame villanía
se pudiera cometer!

Alv. ¡Hablar en mi vituperio
sobre el púlpito elevado!

Juan. ¡Qué fraile tan descarado!

Rivad. ¡Qué abusar del ministerio!
Alv. ¿Nos han conocido?
Juan. No.
Alv. ¡Ah! la cólera que abrigo
ha de acabar hoy conmigo
si con él no acabo yo.
Juan. Pudo al pueblo conmover:
yo temo en verdad por vos.
Rivad. Hablaba en nombre de Dios,
y le hubieron de creer.
Juan. Cerca está la fortaleza;
pongámonos en seguro.
Alv. ¡Infame...! por Dios le juro
que ha de perder la cabeza.
(*Vuelve á oirse rumor en la iglesia.*)
Juan. El pueblo dentro se agita.
Alv. No me da el pueblo cuidado:
por dar voces le han pagado,
y no sabe lo que grita.
Juan. Pero puede la grandeza
en saliendo del sermon
aprovechar la ocasion,
y hacer alguna vileza.
Alv. Decid... ¿podeis sospechar
quién al fraile habrá inducido
á intentar el atrevido
paso que acaba de dar?
Juan. Es por cierto muy estraño
que no conozcais aun
al enemigo comun
que se emplea en nuestro daño.
Puedo daros pruebas hartas
que os revelarán al punto
al que dirige ese asunto.
Alv. ¿Qué pruebas son?
Juan. Unas cartas.
Alv. ¿Y por qué no has revelado
con tiempo el inicuo plan?
Juan. Las cartas os lo dirán,
que son las que lo han callado.

Alv. ¿Y de quién son?
Juan. De una dama.
Alv. ¿De palacio?
Juan. Sí señor.
Escribe á su confesor,
y habla en ellas de una trama
que se fragua contra vos,
pero sin decir cuál sea.
Alv. Juan, que al punto yo la vea:
tiemblen mis iras las dos.
Juan. Hay ademas un tercero.
Alv. Lo presumo: el de Plasencia.
Juan. No.
Alv. ¿Pues quién?
Juan. Tened paciencia.
Alv. Dilo al instante.
Juan. Vivero.
Alv. ¡Vivero! ¿Es posible...? no;
fue siempre de mi partido.
Juan. Él es el que os ha vendido,
él al fraile sobornó.
¿La causa de su embajada
no presumís?
Alv. ¡Por mi vida!
me estás abriendo una herida
que tenia ya cerrada.
¡Don Enrique...! sí, bien sé
que estuvo siempre en mi daño:
ahora conozco el amaño,
pero yo le vengaré.
Juan. ¿Y os dejarán tiempo?
Alv. Sí,
que será esta noche mismo,
ó me ha de hundir el abismo.
Juan. Podeis serviros de mí.
Alv. De mi parte has de llamar
á Vivero, y en mi torre
veremos quién le socorre.
Pero es preciso ocultar
que su traicion conocemos,

para salir bien del paso.
¡Ah! de cólera me abraso.

Juan. Será bien que nos marchemos.

(*Agitacion en el templo.*)

¿No oís...? la plebe alterada
vuelve otra vez á la grita.

Alv. ¡Por Santiago!

(*Desembozándose y sacando la espada: quiere dirigirse hácia la iglesia, y don Juan le contiene.*)

Juan. ¿Qué haceis?

Alv. Quita:
son dignos de que mi espada
haga pedazos su lengua.

(*Ábrense repentinamente las puertas del templo, y sale de él un tropel de gente que cruza la escena gritando: "¡muera el condestable!"*)

Juan. Por Dios, señor, que ya abiertas
estan del templo las puertas,
y va á ser en vuestra mengua
si sobre vos carga gente
y desarmarnos consigue:
ya veis que el alarma sigue,
va siendo el riesgo inminente.

Alv. ¿Y he de callar...? ¿y el acero
he de esconder...? ¡eso no!
¿Ignoras tal vez que yo
puedo mas que el pueblo entero?

Juan. Pero el conde de Plasencia
trajo ayer bastante gente.

Alv. ¿Qué importa?

Juan. Fuera imprudente
tratar de hacer resistencia;
y ya que esto no os obligue,
ved si á obligaros alcanza
el que acaso la venganza
se nos frustre...

Alv. (*Embainando la espada.*)
Eso consigue
hacerme prudente...

Juan. Vamos,

la gente ya va saliendo.

Alv. En tus manos me encomiendo.

Juan. Pues entonces ¿qué aguardamos?

ESCENA III.

EL REY. VIVERO. HARO. PLASENCIA. RICOS-HOMBRES. SOLDADOS. PUEBLO. *Detras del rey y su acompañamiento, sale una multitud de gente, y se coloca en el fondo con grande agitacion.*

Plas. No hay, señor, hombre en el mundo
de ambicion mas insaciable.

Voces. ¡Muera, múera el condestable,
y viva don Juan Segundo!

Rey. Esa turba despejad,
que atrevida se desmanda:
decidla que el rey lo manda,
que cumplan mi voluntad.

(*Los soldados dispersan al pueblo, que se retira alborotado.*)

Plas. Ese no es el mejor medio
de hacer callar á la plebe
que en su entusiasmo se atreve
á demandar el remedio
que á sus males esté bien.

Rey. ¿Y habremos de hacer su gusto?

Plas. Sí, hacerlo, señor, es justo...

Rey. Tened, que vos sois tambien
contra mí: vos encendiendo
acaso estais las pasiones.
¿Son esos vuestros blasones?
Ya os voy, conde, comprendiendo.

Plas. Despues de tan largos años
como Castilla ha sufrido
los caprichos de un valido
que la causa tantos daños,
¿es acaso contra ley
el que ahora que al cielo plugo
quiera sacudir el yugo

que oprime á su mismo rey?
Quieren ser vuestros vasallos,
no esclavos del condestable,
¡y mandais inexorable
con las armas dispersallos!
¿Si con los fieles usais
severo tantos rigores,
para súbditos traidores
qué castigos reservais?
Del letargo despertad
en que os hallais sumergido:
vasallo fiel, yo os lo pido
hoy por el pueblo...

Rey. Callad,
que harto tiempo os escuché.
Si asi por diversos modos
me estais engañando todos,
¿á quién crédito daré?
Me hablais siempre de la paz,
y con bandos y con guerras
manchais de sangre mis tierras,
y usurpais mi autoridad.
Imprudentes y villanos
solo mandar ambicionan,
y de rebeldes blasonan
mis pérfidos cortesanos.
¿No os es el mando importuno?
Si mi poder lo alcanzara,
vive Dios que os castigara
dando un reino á cada uno.
¡Oh! para eterna mancilla
del triste rey que la abona
¡cuán pesada es la corona
de los reinos de Castilla!
El cetro seca mis manos,
el regio manto me abruma:
vosotros lo sois en suma
todo, pues sois mis tiranos.
Vivero, quiero de vos
esta vez aconsejarme:

mirad si podeis mostrarme
el buen sendero, por Dios.

Vivero. Yo al fraile preguntaria
por qué contra el condestable
ha dado el paso culpable.

Rey. Tienes razon, á fé mia.

Vivero. Y la pena le aplicara,
para perpetuo escarmiento,
debida á su atrevimiento;
y á confesar le obligara
los cómplices.

Rey. Sí; Plasencia.

Plas. Soy todo vuestro, señor.

Rey. Buscad al predicador,
y llevadle á mi presencia.

ESCENA IV.

PLASENCIA.

El buen Alfonso Vivero
se equivoca, vive Dios,
si espera que el rey castigue
al fraile que predicó:
no conoce á Juan Segundo
como le conozco yo.
No hay remedio, de esta vez
para siempre se eclipsó
la luna que deslumbraba
con su vivo resplandor.
(*Éntrase en la iglesia.*)

ESCENA V.

DON JUAN. RIVADENEIRA.

Juan. Ya, Fernando, el condestable
su sentencia fulminó:
sentencia de muerte, horrible,
que no tendrá apelacion.

Rivad. ¿Es decir, que cual quisísteis
nuestra empresa nos salió?
Juan. Habrás visto en el alcázar
de mi tio un torreon
elevadísimo...
Rivad. Sí;
tiene al sur un corredor
que está amenazando ruina.
Juan. Pues despues de la oracion
alli se hará el sacrificio.
Rivad. ¿Y quién lleva al contador
á la torre?
Juan. Eso es muy facil,
pues como ignora el rencor
del condestable, al instante
que este le llame, creo yo
que no tendrá inconveniente
en presentarse.
(*Plasencia y el religioso salen de la iglesia, y atraviesan pausadamente la escena por el fondo.*)
Rivad. Chiton,
que sale alli el de Plasencia.
Juan. Y el padre predicador
viene con él; será bueno
que le pongan en prision
y descubra nuestro enredo.
Rivad. Desechad ese temor:
el rey respetará en él
á un ministro del Señor.
Juan. Lo que yo sé es que en la iglesia
señales con el baston
le hizo el rey asaz airado
por las palabras que oyó
para que dejase el púlpito.
Rivad. ¿Y acaso le obedeció
nuestro buen fraile? bien vísteis
que él su plática siguió
hasta que el pueblo ágitado
dió muestras de conmocion.
Ademas, tiene el apoyo

de tanto hidalgo de pro,
á quien ha favorecido
con su singular sermon.

Juan. En el palacio han entrado.

(*Mirando hácia el lado por donde entró Plasencia con el religioso.*)

Rivad. Pues digo, tanto mejor.
¿No habeis visto cómo el conde
le ha dispensado el honor
de dejarle entrar primero?
ya veis que esa distincion...

Juan. Esa distincion, es cierto,
habla mucho en su favor:
dices muy bien.—Esta noche,
que hará ir á su mansion
el condestable á Vivero,
quisiera, Fernando, yo
llevar tambien á Jimena.

Rivad. Lindo capricho por Dios.

Juan. Sí, quiero ver cómo se hablan
alli esta noche los dos:
quiero gozar contemplando
cuál hiere su corazon,
antes de que Alfonso entregue
para siempre su alma á Dios,
entre el ansia de la muerte
las protestas de su amor;
y creo no sea dificil
conseguirlo.

Rivad. ¿Por qué no?

Juan. (*Enseñándole una carta, que examina Fernando.*)
Mira esta carta: está escrita
por la mano que forjó
las otras que el condestable
de Alfonso Perez creyó:
el carácter es el mismo;
la rúbrica pienso yo
que á verla el mismo Vivero
creyera que él la formó.

Rivad. Es idéntica en efecto:
¿y cuál es vuestra intencion?
Juan. ¿Viste á Jimena en la iglesia
mientras duraba el sermon?
Rivad. La vi; por cierto que estaba
tan bella, que la atencion
de todos los ricos-hombres
y las damas se llevó.
Postrada ante el monumento,
murmurando una oracion,
mas que muger parecia
un arcangel del Señor.
Juan. ¿Qué apostamos á que ahora
vas á tener compasion?
Rivad. Son efectos de la vista
que no siente el corazon.
Juan. ¿Y sabes si entre el tumulto
del templo acaso salió?
Rivad. Cuando nosotros lo hicimos
ella en el templo quedó;
mas era pronto: con todo,
como al instante estalló
el furor del populacho,
es posible que el temor
la haya hecho permanecer
en la iglesia.
Juan. ¿Habrá ocasion
de darla esta carta en nombre
de Vivero?
Rivad. Sí señor.
Juan. ¿Pero de suerte que ella
se quede en la persuasion
de que fue Alfonso y no otro
el mismo que la escribió?
Rivad. Dejad eso á mi cuidado:
cabalmente viendo estoy
al criado de Vivero,
(*Habrá un pequeño grupo de hombres en la puerta de la iglesia, y Chacon estará entre ellos.*)
que está puesto de planton

á la puerta de la iglesia
con otros varios.

Juan. Pues yo
me marcho, y lo dejo todo,
Fernando, á tu discrecion.

Rivad. Los dos irán esta noche,
ó no he de ser yo quien soy.

Juan. Cuenta con la recompensa:
hasta despues.

Rivad. Id con Dios.

ESCENA VI.

RIVADENEIRA. *Despues* CHACON.

Rivad. ¿Quieres pagarme con oro
mis servicios...? ¡Luna, no!
no es oro lo que ahora anhela
mi ambicioso corazon.
Te serviré; sí, esta noche
tendrás, Luna, alli á los dos:
saciarás de tu venganza
el ominoso furor,
mas no sabes que esto labra,
imbécil, tu perdicion;
no sabes que con tu ruina
pretendo elevarme yo.
(*Se dirige al grupo que hay en la puerta de la iglesia.*)
Hola, Chacon.

Chac. ¿Quién me llama?

Rivad. Yo.

Chac. Señor, ¿qué me quereis?

Rivad. Poca cosa: que entregueis
este papel á una dama.

Chac. ¿Qué ganará el portador
de esas amorosas nuevas?

Rivad. Como tú á hacerlo te atrevas
tendrás el premio mayor
que pueda obtener tu encargo.

Chac. ¿Y cuánto será?
Rivad. Di tú.
Chac. Decid vos, por Belcebú;
mas cuidad de echar por largo.
Rivad. Toma éste bolsillo.
(*Presentándole un bolsillo: Chacon le toma, le sompesa, y despues le examina por dentro.*)
Chac. Pesa
que es un gozo el tal bolsillo.
¡Pardiez...! metal amarillo
tiene dentro: me interesa
vuestro asunto: idme diciendo;
yo prometo seros fiel.
Rivad. Entregarás el papel
á doña Jimena...
Chac. Entiendo.
Rivad. Pero en nombre de Vivero
tienes la carta que dar.
Chac. (*Alargándole el bolsillo.*)
Si le ha de perjudicar
os vuelvo vuestro dinero.
Rivad. ¿Perjudicarle...? no, tonto:
antes es en su provecho.
Chac. Siendo asi, negocio hecho:
dadme el papel; (*Le da Rivadeneira la carta.*) estoy pronto.
En la iglesia cabalmente
doña Jimena se halla:
miradla, ya sale...
Rivad. Calla:
que no nos vea la gente.
(*Se retiran á un lado, y hablan aparte.*)

ESCENA VII.

DOÑA JIMENA. LAURA. UN PAJE. RIVADENEIRA. CHACON. *Poco despues* HARO *y* PLASENCIA.

Jim. Vamos, Laura; ya el tumulto
parece que se aplacó:

ya no hay temer, creo yo,
del pueblo ningun insulto.

Laura. Se ha lucido en el sermon
vuestro confesor, señora.

Jim. Deja ese recuerdo ahora,
que me hiere el corazon.
¿Has visto á Vivero?

Laura. Sí;
salió con el rey del templo.
Mirad á Chacon: contemplo
que se dirige hácia aqui.

(*Chacon se aparta de Rivadeneira: este se queda en el foro hablando en secreto con Haro y Plasencia, que llegan en seguida.*)

Jim. Laura, no nos detengamos,
que si mi vista no miente
se va reuniendo gente
hácia aquella parte.

Laura. Vamos;
mas nada hay que temer ya.

Jim. No importa.

Chac. Señora mia,
en vuestra busca me envia
mi amo el contador, que está
entretenido en palacio
con el rey: alli me ha dado
en secreto este recado
para vos.

Jim. Habla despacio.

Chac. Tomad. (*Entregando la carta á doña Jimena.*) Tambien me encargó
que de palabra os dijera,
que alli donde él os espera
puedo acompañaros yo.

Jim. ¡Una carta...! es muy estraño:
no sé, Laura, qué pensar.
Ven, Chacon.

Chac. Podeis mandar.
(Pues señor, coló el engaño. (*Ap.*)

ESCENA VIII.

HARO. PLASENCIA. RIVADENEIRA.

Rivad. Muerto Vivero, don Alvaro
muere de cierto tambien.
Plas. Ya lo oís, Haro: esta noche
asegurado vereis
nuestro triunfo.
Haro. Á tanta costa
prefiero, Plasencia, ver
en la cumbre al condestable
de su ominoso poder.
Plas. Eso jamas, conde de Haro,
que he jurado por mi fé
acabar con el valido,
ó en la empresa perecer.
Rivad. ¿Con que el fraile estuvo firme?
Plas. Como una roca.
Rivad. Muy bien.
Plas. Singular en sus descargos,
y entero y gracioso fue:
dijo que estaba inspirado
del cielo, y su proceder
disculpó de esa manera;
Vivero quiso con él
altercar, pero el buen padre
sus cargos desvanecer
supo con pocas palabras...
Haro. Y con sobrada altivez.
Plas. Esa entereza ha causado
trastorno tal en el rey,
que para esta misma noche
me ha mandado disponer
la gente de armas que trage,
sin duda para prender
al condestable.
Rivad. ¿Y pensais
esa empresa acometer

con tiempo, para evitar
la catástrofe?

Plas. No sé;
porque el contador ahora
tiene influjo con el rey,
y si morir le dejamos
luego nos pese tal vez.

Rivad. Todo al contrario, su muerte
en pos de sí ha de traer
la de don Alvaro.

Haro. Basta:
yo nunca consentiré
el bárbaro sacrificio
de un inocente.

Plas. ¡Pardiez!
haceis muy mal cortesano,
conde de Haro.

Haro. Bien lo sé,
mas poco importa; deseo
acabar con el poder
del orgulloso don Alvaro,
porque en ello el interes
cifro yo de todo el reino;
pero si hemos menester
para alcanzarlo, apelar
á tales medios, podeis
dejar de contar desde ahora
con mis servicios...

Plas. Muy bien:
no esperé yo nunca, conde,
menos de vuesa merced.
Pero decidme, el de Haro,
¿acaso preferireis
por salvar la vida á un hombre
sacrificar las de cien?
¿Ignorais que el condestable
ha sido mas de una vez
desterrado de la corte,
y que ha venido despues
mas orgulloso que nunca

á insultar con su poder
á la nobleza, y al reino
todo entero...? ¿olvidareis
el influjo que aun ejerce
sobre el ánimo del rey?
Es preciso que no salga
de Burgos; es menester
ponerle el hierro en la mano,
y dejarle cometer
ese crimen...

Haro. No, jamas.

Plas. Al fin os convencereis.

Haro. Pienso que no.

Plas. Discurrid
que si en vez de ir á prender
yo al condestable, doy parte
de sus intentos al rey,
y hago que vaya conmigo
donde pueda sorprender
al asesino, es seguro
que la segur de la ley
caerá sobre su cabeza.

Haro. Puede lograrse tambien
eso mismo, antes que el crimen
llegue á consumarse.

Plas. Y bien,
si el crimen no se consuma
¿no es harto facil que el rey
se contente con echarle
de su corte...? vos quereis
hacer las cosas á medias.

Haro. Y vos, conde, pretendeis
cosas, que solo en pensarlas
mil agravios nos haceis.

Plas. La salud de los estados
fue siempre suprema ley
en todas partes.

Haro. Es cierto;
pero tambien la honradez
entre nobles castellanos

fue siempre el primer deber.

Plas. Tiempo tenemos sobrado
todavía para ver
lo que mejor nos conviene:
vuelvo á palacio.

Haro. Tambien
allá voy yo.

Plas. Iremos juntos.

Haro. Sí, conde, como gusteis.

Plas. Hasta la noche, Fernando.

Rivad. Mirad, señor, lo que haceis.

(*Vanse; los condes por un lado, Rivadeneira por otro.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa el interior de una torre ruinosa y desmantelada en el alcázar del condestable. La escena estará dividida por tres grandes arcos góticos: en el fondo habrá un balconcillo por donde se verá el resplandor de la luna. A los dos lados del primer término dos puertas tambien de gusto gótico. La escena estará escasamente iluminada por la sola luz de una lámpara: el interior casi á oscuras. Tres asientos estropeados.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN. RIVADENEIRA. *Despues cuatro hombres armados completamente.*

Rivad. Está la noche serena:
ved cómo brilla la luna.
Juan. Sí, mas su luz importuna
da de lleno en esa almena.
Rivad. ¿Teneis por eso temor
de que pueda ver la gente
la maniobra desde el puente
á través del resplandor?
¿No sabeis de noche el miedo
que al pueblo inspira esta torre,
pensando que la recorre
la hechicera de Toledo?
Si pasa alguno, se asombra
y pide á Dios proteccion,
como vea en el torreon
nuestros bultos ó su sombra.
Mas que dañarnos la luz
nuestro intento favorece.
Juan. Por mas que tú digas, crece
en mi pecho la inquietud.

Rivad. ¿Temblais, señor?
Juan. Tiemblo, sí:
penetra mi cuerpo un frio...
Rivad. Son los vapores del rio
que se elevan hasta aqui,
y entran por ese balcon.
Juan. ¿Vendrá Jimena?
Rivad. Vendrá.
Juan. ¿Y quién la acompañará?
Rivad. Ninguno mas que Chacon.
¿Y Alfonso?
Juan. Aun no le han llamado,
pero cerca está palacio.
Rivad. Malo es andar tan despacio:
pudiera haberse ausentado.
Juan. Quiero yo que la orden dé
el condestable mi tio,
no diga que su albedrío
mal de su grado forcé.
Antes que venga Vivero
hay algo que ejecutar.
Rivad. Podeis desde ahora mandar.
Juan. Llama á la gente primero.
(*Rivadeneira llega hasta los arcos, hace una seña, y salen por el fondo los cuatro hombres armados.*)
¿Son cuatro?
Rivad. Cuatro, y armados
de broquel, daga y puñal:
á la primera señal
vos los vereis arrojados,
aunque mil vidas perdieran,
vuestras órdenes cumplir.
Juan. Él no osará resistir.
Rivad. ¿Y sus esfuerzos pudieran,
aunque tal vez lo intentara,
conseguir algo?
Juan. No á fé;
pero es valiente.
Rivad. Lo sé.
Juan. Nunca al riesgo volvió cara.

Rivad. Para atajar la fiereza
de cualquier hombre arriesgado
el puñal que viene al lado,
(*Don Juan le enseña el puñal que lleva en la cintura: Rivadeneira le examina y se le devuelve.*)
¡pardiez! es soberbia pieza.
Juan. Dos pulgadas tiene de ancha
la hoja; el puño es de oro,
preciada joya de un moro.
Rivad. Será lástima si mancha
tanta riqueza Vivero
con su vil sangre; Jimena
ya es mas digna de la estrena
de su bien templado acero.
Juan. Tú vienes á la ligera.
Rivad. Solo sirvo para intrigas.
Juan. Basta con que tú lo digas.
Rivad. Mirad que la gente espera.
Juan. Con ellos al corredor
llégate, y de mi orden manda
desenclavar la baranda
para aparentar mejor
que fue casual la caida:
despues que esté desclavada
la dejais bien colocada,
pero apenas sostenida.
Rivad. Entiendo; que á poco impulso
vaya á estrellarse allá abajo.
Juan. Costará poco trabajo,
pero hay que andarse con pulso.
Rivad. Vamos, muchachos; aqui.
(*Éntranse Rivadeneira y los cuatro hombres por los arcos, y forcegean para arrancar la baranda del balcon, como lo indican los versos.*)
¡Fortun! arranca ese clavo.
¡Pardiez! la frescura alabo;
¿qué haces tú parado ahí?
con el cuento de esa lanza
haz fuerza por alli tú:
no aflojes, por Belcebú,

¿Quién de vosotros alcanza
aquel hierro?

ESCENA II.

DICHOS. DON ALVARO, *que entra por una de las puertas laterales.*

Alv. (*Á don Juan.*)
¿Qué rumor
es ese...? ¿qué estais haciendo?
Juan. Vuestras órdenes cumpliendo
desclavando el corredor.
Alv. Manda al punto que lo dejen.
Juan. Me sorprendeis... ¿y por qué?
Alv. A solas te lo diré. (*Sentándose.*)
Juan. Voy á mandar que despejen.
¡Fernando!
(*Llamando: llega Rivadeneira, y hablan algo separados del condestable.*)
Rivad. ¿Qué me mandais?
Juan. Saca esa gente de aqui.
Rivad. ¿Y dejaremos asi
el corredor? ¿no mirais
que está ya casi arrancada
la baranda de su quicio?
Juan. Yo aprecio vuestro servicio,
pero la órden está dada:
el condestable lo ordena.
Rivad. ¡Hé! suspended el trabajo.
Juan. Esperad todos abajo
hasta que venga Jimena.
(*Acercándose á don Alvaro, que estará como pensativo.*)
Señor, ¿se llama á Vivero?
Alv. Ese paso está ya dado:
vendrá al instante.
Juan. (*Aparte á Rivadeneira.*)
¡Cuidado!
ya lo oyes.
Rivad. Abajo espero.

Juan. Confio en tu diligencia.
Rivad. Ya me lo direis mañana.
Juan. La mano.
Rivad. De buena gana.
(*Se dan las manos : Rivadeneira recita aparte el último verso despues de haberse separado de don Juan.*)
(Avisaré al de Plasencia.)

ESCENA III.

DON ALVARO. DON JUAN. *Sentados.*

Alv. No hay ya tiempo que perder;
siéntate un rato á mi lado,
te diré por qué he mandado
el trabajo suspender.
Despues del amanecer
van á venir á prenderme.
Juan. Pensarán que el leon duerme
á esa hora desprevenido.
Alv. Ya les dirá su rugido
que no le encuentran inerme.
Juan. Todo lo vais arriesgar
como intenteis defenderos.
Alv. ¿Pues qué tantos desafueros
mi espada no ha de vengar?
Juan. Dad al discurso lugar;
mirad que no teneis gente.
Alv. Jamas habla asi un valiente.
Juan. Temeridad no es valor.
Alv. ¿Y será acaso mejor
que al yugo rinda mi frente?
Si fue propicia mi estrella,
contra infanzones perversos,
en mil encuentros diversos,
¿por qué no entregarme á ella?
Juan. Vuestra confianza es bella,
mas no fundada en razon:
mirad que en esta ocasion,
aunque os asista la ley,

teneis contra vos al rey;
no os engañe el corazon.
En Medina y en Olmedo
triunfásteis, es verdad, vos,
pero entonces erais dos.

Alv. ¿Y fue el rey ó mi denuedo
el que impuso grima y miedo
á los altivos contrarios?

Juan. Ahora los tiempos son varios.

Alv. Pero mi brazo es el mismo.

Juan. Abriendo estan vuestro abismo
esos votos temerarios.
Escuchadme, señor: yo
os profesé desde niño
una aficion, un cariño
cual ninguno os profesó;
al par que mi edad creció,
crecieron mis simpatías:
vuestros mas felices dias
son mis mas dulces memorias,
bien sabeis que vuestras glorias
han sido siempre las mias.
Tomad, tomad mi consejo,
y dejad vuestro valor
para otra ocasion mejor:
por mi vida os lo aconsejo.
Mañana cuando el reflejo
del sol nos venga á alumbrar,
lejos debemos estar
de Burgos algunas leguas.

Alv. ¿Y acaso nos darán treguas?

Juan. De sobra: voy á acabar.
Fuera de aqui, con sosiego
llamaremos vuestra gente,
que agora se encuentra ausente:
con ella ostentareis luego
de vuestra bravura el fuego
y la indomable pujanza;
y entonces habrá esperanza
de que podais dar la ley

á la nobleza y al rey
con la punta de la lanza.

Alv. Mi venganza has olvidado.

Juan. ¿No esperamos á Vivero?

Alv. Es que ademas tambien quiero
quedar del fraile vengado.

Juan. Dejad eso á mi cuidado.

Alv. Me entrego en un todo á tí.

Juan. En la escalera sentí
cierto rumor, viene gente.

Alv. Será Vivero: impaciente
me tenia: ya está aqui.

ESCENA IV.

DICHOS. VIVERO.

Vivero. Salud, condestable; mil prósperos años
concédaos el cielo.

Alv. Y á vos, contador,
os libre de viles traidores amaños.
Tomad un asiento.

Vivero. Admito ese honor.
(*Sentándose al lado del condestable.*)

Alv. Estais hoy, Alfonso, demas lisonjero:
de buen cortesano preciaros podeis.

Vivero. Me precio, maestre, de un ánimo entero
para usar la espada, que aqui al lado veis.

Alv. Sois hombre valiente: confieso á fé mia
que en vuestra mancilla mi lengua no ha hablado.

Vivero. Pues yo al escucharos por cierto creía
que hablabais, maestre, conmigo enojado.

Alv. Si hubiera un motivo pudierais pensar.

Vivero. Mirad discurriendo si vos le encontrais.

Alv. Tal vez no me fuera dificil de hallar.

Vivero. ¡Pardiez! no os entiendo, si claro no hablais.

Alv. ¿El bueno de Alfonso aun no ha presumido
por qué el condestable llamado le ha?

Vivero. Don Alvaro, en ello nada he discurrido,
pero ahora lo pienso, y acierto quizá.
¿Habrá ya llegado á vuestra noticia

la órden que manda se os ponga en prision?

Alv. No es eso; desprecio del rey la injusticia
que cubre asi al trono de oprobio y baldon.

Vivero. En vano en defensa de vuestra persona
no ha mucho en la corte mi influjo empleé;
la altiva grandeza rindió á la corona;
don Juan á sus cargos dió crédito y fé.
Mas yo desde luego por mi vida os juro
que daros aviso de todo pensaba,
para que os pusierais con tiempo en seguro
del lazo insidioso que se os preparaba.

Alv. No es eso, os repito; estais engañado:
no mas disimulo, señor contador.
¿Sabeis que alucina vuestro desenfado?
cualquiera diria que hablais con candor.

Vivero. Callad, condestable, que si hora perdono
la ofensa injuriosa que osado me haceis,
es porque contemplo que de vuestro encono
menos culpa que otros vos mismo teneis.

Alv. ¡Perdon? vuestra lengua mirad lo que dice.

Vivero. ¿Quereis que riñamos? no es esta ocasion.

Alv. ¡Reñir...! ¡yo el maestre...! con vos... ¡infelice!
picais en muy alto, novel campeon.

Vivero. Sacadme de dudas, y ya que he venido
mostradme el objeto que traigo yo aqui.

Alv. Despacio. Decidme... ¿qué os ha parecido
el fraile insensato que habló contra mí?

Vivero. Os he dicho antes, y estraño que ahora
la misma pregunta de nuevo me hagais,
qué me ha parecido su lengua traidora
digna de cortarse por vos.

Alv. ¡Hola! estais
asaz justiciero: no asi yo os creía,
ni ver vuestro rostro pensé tan sereno.

Vivero. Bastarda sospecha acaso podria...

Alv. Tened: de sospechas estoy bien ageno.

Vivero. Entonces dejaisme por Dios confundido:
no atino la causa de hallaros asi.

Alv. No habeis á mi alcázar en vano venido:
¿quereis que os lo diga?

Vivero. Don Alvaro, sí.

Alv. Pues bien: esas cartas mirad con cuidado,
(*Entregándole unos papeles.*)
y ved si su letra tal vez conoceis:
el rostro, Vivero, se os ha demudado.
Vivero. Tomad.
(*Devolviéndoselas despues de haberlas recorrido por alto.*)
Alv. Mi conducta ya no estrañareis.
Vivero. Don Alvaro, cierto que asaz se parecen
esos caractéres á la letra mia.
Alv. Con tales escusas no se desvanecen
cargos que estan claros cual la luz del dia.
Vivero. Estoy inocente del pérfido amaño:
el solo recelo mancilla mi honor.
Jamas tal mudanza creyera en un año.
Alv. Y yo no creyera que fueseis traidor.
Aun no era llegado el tiempo oportuno
para disculparos, noble paladin.
Vivero. (*Levantándose, y echando mano á la espada.*)
Si tales denuestos me hiciera otro alguno,
por Cristo bendito que ya dado fin
hubiera esta daga á viles querellas.
Alv. Por mi vida os ruego que no os sofoqueis:
(*Volviéndole á entregar las cartas.*)
Tomad, pues, las cartas; tomad, y leellas.
Vivero. Estoy indignado.
Alv. Sentaros podeis.
(*Vivero se sienta, y lee las cartas con detenimiento.*)
Vivero. Señor, de esos pliegos los viles renglones
mis rasgos es cierto que fieles imitan,
pero son tan falsos como las razones
que así á la venganza vuestro ánimo incitan.
¡Y hablar de Jimena...! ¡Jimena que es pura
mas que el puro rayo del radiante sol!
Vengar yo os prometo la vil impostura
á fé de cristiano y á fé de español.
Es cierto que el fraile fue su confesor;
¿mas solo por eso habeis de creer
que diera ese paso pérfido y traidor
una tan sencilla cándida muger?
Nunca un caballero noble y castellano

de sí propio en mengua tal cosa pensara:
por vuestro honor mismo, mostradme el villano
que arroja el veneno y oculta su cara.
Creedme, creedme, señor condestable,
os han sorprendido con una falsía:
traicion ha sido esa, traicion miserable,
que antes descubro del próximo dia,
y ¡guay! del infame que en mi daño atenta
y á vos asi engaña y á mí me mancilla.
¡Don Alvaro! impune ninguno me afrenta,
ninguno debajo del rey de Castilla.

Alv. No abuseis, Vivero, mas de mi paciencia,
(*Levantándose: Vivero y don Juan hacen lo mismo.*)
hace ya algun tiempo que os conozco á fondo.

Vivero. Tranquilo me tiene, señor, mí conciencia:
nunca avergonzado la frente yo escondo.
Lástima es por cierto que no conozcais
tambien las personas que teneis al lado.

Alv. Inútil es todo lo que hablando estais;
por ahora conmigo ya habeis acabado:
con don Juan os dejo; á él á vuestro antojo
dadle mas descargos, si asi lo quereis.

(*Se marcha: don Juan vuelve á sentarse.*)

Vivero. Tambien yo me marcho.

(*Vivero llega á una de las puertas, forcegea para abrirla, y no pudiendo conseguirlo vuelve á la escena.*)

Juan. ¿Pues cómo volveis?

Vivero. Está por defuera corrido el cerrojo.

ESCENA V.

VIVERO. DON JUAN.

Juan. Tambien yo, contador, quiero
otras cosas recordaros,
que pienso que han de agradaros;
pero sentaos primero.

Vivero. Ya podeis, Luna, empezar.

Juan. ¿No tomais asiento?

Vivero. No.

Juan. Pues de esa manera yo

me tendré que levantar.
El acaso llevó ayer
al jardin del rey á un hombre;
escuso decir su nombre,
vos le debeis conocer.
Llegó á tiempo que se hallaba
alli la dama mas bella
que en el palacio descuella
entre las demas: estaba
con ella, en plática alli,
de pies á cabeza armado,
un doncel enamorado...

Vivero. ¿Pensais burlaros de mí?
Reparad que aunque indefenso
estoy, en la red metido,
que algun traidor me ha tendido,
conservo una espada.

Juan. Pienso
que sois receloso asaz.

Vivero. Ahora, don Juan, proseguid;
mas sed breve, y advertid
lo que os he dicho.

Juan. Escuchad.
Como los dos amadores
no anhelaban que ninguno
se presentase importuno
á interrumpir sus amores,
asi que sintieron ruido
el hombre se retiró,
no muy lejos, pues quedó
alli á la mano escondido.

Vivero. ¿Si tanto de oprobio os llena,
cómo osais, hombre insolente,
conmigo aqui, frente á frente,
recordar aquella escena?
Merecíais, vive Dios,
que en el rostro os escupiera.

Juan. Habladme de otra manera,
que ahora estoy solo con vos.

Vivero. Callad: ¿quereis que os confunda
trayéndoos á la memoria

todo lo que de esa historia
en mengua vuestra redunda,
y que os hallábais dispuesto
vos sin duda á suprimir?
¡Pardiez! habréislo de oir
únicamente por esto.
Habeis, Luna, de saber
que el hombre que entró, cobarde
de sus fuerzas hizo alarde
contra una débil muger.
Dijísteis que alli cercano
el paladin se escondió,
y es verdad, porque salió
á contener al villano
que hollando asi toda ley
de humanidad y decoro
profanó con tal desdoro
el mismo jardin del rey;
pues, pése al hombre malvado,
existe una Providencia
que vela por la inocencia,
bien lo sabeis vos.

Juan. ¡Cuidado!
vuestra lengua no me irrite,
esforzado paladin,
que no hay como en el jardin
en este sitio quien grite,
ni está tan armado él:
ahora ha cambiado la escena:
á encontrarse aqui Jimena
yo hiciera vuestro papel.

Vivero. Tened la lengua, el de Luna,
si no quereis que esta daga
mis ofensas satisfaga
todas juntas.

Juan. ¿Por fortuna
acaso pasos sentís?

Vivero. No, don Juan: ¿por qué temblais?
descolorido os quedais.

Juan. ¿Nada, Alfonso, presumís?

Vivero. ¿Pensais que venga á prender

á don Alvaro, Plasencia?

Juan. No es por eso mi impaciencia;
los pasos son de muger.
Tiemblo, Vivero, por vos.

Vivero. No os comprendo bien... ¿por mí?

Juan. Mirad, Alfonso, hácia allí.

(*Mientras Vivero mira ansiosamente á una de las dos puertas, don Juan se marcha por la otra.*)

Vivero. ¡Es Jimena...! ¡justo Dios!

(*Jimena aparece fija en el dintel de la puerta: recorre la escena con la vista, y despues se arroja en los brazos de Vivero.*)

ESCENA VI.

VIVERO. DOÑA JIMENA.

Jim. ¡Alfonso! ¡Alfonso!

Vivero. ¡Jimena!

Jim. Tu mano tiembla... ¡ay de mí!
¿por qué muestras esa pena?
¿por qué el dolor te enagena?

Vivero. ¿Quién te ha conducido aqui?

Jim. Esta carta por tí escrita.
(*Entregándole un papel.*)

Vivero. ¡Aborrecido papel!

(*Vivero se le arrebata, le mira, y luego le hace pedazos, con señales de la mas violenta desesperacion.*)

no es mio...

Jim. Tu letra imita.

Vivero. ¡Es verdad...! ¡suerte maldita!
¡nos asesinan con él!

Jim. Tu escudero me le dió
en tu nombre.

Vivero. ¿Dónde está?

Jim. Él aqui me acompañó.

Vivero. ¡Pueda salir de aqui yo,
y él mis iras temblará!
¡Traidores, venid, venid
todos á la vez armados:

yo os reto á muerte, salid!
¡juro por Dios que en la lid
quedareis escarmentados!
¡Jimena...! ¿no te predice
nada triste el corazon?
¿nada esta torre te dice?
¡nos han vendido!

Jim. ¡Infelice!

Vivero. ¡Cielos! ¡tened compasion!
(*Enagenado completamente.*)
¡Mirad en su frente pura
retratada la virtud,
mirad su casta hermosura!
¡no es para ella la amargura!
¡no es para ella el atahud!
¡Morir tú...! ¡paloma mia!
¡temprana y fragante flor!
¡y ha de gozarse el traidor
Juan de Luna en tu agonía
y en tu muerte...! ¡horror! ¡horror!

Jim. ¿Qué importa que separarnos
logre aqui en el triste suelo
y la existencia arrancarnos,
si hemos despues de juntarnos
mal que le pese en el cielo?

Vivero. ¡Morir! ¡morir...! ¡por piedad!
aleja ese pensamiento:
torna á mi pecho la paz,
desvanece esta ansiedad
que dentro del alma siento.
Yo nuestro sepulcro abrí,
Jimena hermosa... ¡perdon!
¿por qué á Castilla volví?
¡Necio! ¡insensato de mí!

Jim. Alfonso... por compasion...
¿qué frenesí te enagena?
vuelve en tí, querido mio:
mírame, soy yo, es Jimena
la que contempla tu pena.

Vivero. Perdona mi desvarío.

Jim. ¿Por qué asi desconfiar

tan pronto de nuestra suerte?
aun nos podemos salvar.

Vivero. Era el temor de perderte
el que me hizo delirar.
Dices bien, nos salvaremos:
no tiembles, no tiembles, no:
por donde salir busquemos,
y abrirnos paso podremos,
que aun tengo una espada yo.

(*Saca la espada, y recorre la escena forcegeando en las puertas, como lo indican los versos.*)

Esta puerta está cerrada:
y esta otra lo está tambien.
Si pudiera con la espada...
pero es empresa arriesgada:
ven hácia aqui dentro, ven.

(*Éntranse por los arcos.*)

Jim. ¡Qué altura...! ¡oh Dios!

(*Gritando desde el corredor.*)

Vivero. ¿No ves gente
á la otra parte del rio?
van á pasar ahora el puente.

Jim. Ya nos salvamos... ¡Dios mio!
¡favor...! ¡socorro!

Vivero. Detente:
no grites, que esa impaciencia
puede perdernos quizá.
Será el conde de Plasencia.

Jim. Dios protege á la inocencia.

Vivero. ¿Cómo tan pronto vendrá?

ESCENA VII.

DICHOS. DON JUAN. RIVADENEIRA *y los* CUATRO HOMBRES, *todos con los aceros desenvainados.*

Rivad. Ahí en el corredor oigo sus voces.

Juan. Cargad todos sobre él y desarmadle:
donde su libertad hallar procura
encuentre su cadalso el miserable.
Ni una gota de sangre ha de verterse:

ya sabeis lo que quiere el condestable.

Uno. Sereis obedecido.

Rivad. Vamos pronto.

Juan. Yo marcho con vosotros.

Rivad. Adelante.

(*Éntranse donde se halla Vivero, y se oye el ruido de la pelea.*)

Vivero. Déjame solo aqui, ya oigo sus pasos.

Jim. Moriré junto á tí.

Vivero. ¡Fuera, cobardes!
¡cargad mil sobre mí, nada me importa,
de mil derramaré la inicua sangre!

Jim. ¡Socorro...! ¡compasion!

Rivad. Callad.

Juan. ¡Silencio!

(*Vivero viene defendiéndose de Rivadeneira y los cuatro hombres que le acuchillan, y sale de la escena.—Don Juan detiene á Jimena en el interior, y vuelve con ella á la escena asi que esta se halle desocupada.*)

Vivero. ¡Aqui, Luna traidor; ven á vengarte!

ESCENA VIII.

DON JUAN. DOÑA JIMENA.

Juan. Esperemos los dos en este sitio.

Jim. Quiero morir con él; monstruo, dejadme.
¡Maldicion sobre vos!

Juan. No deis mas voces:
inútil es gritar: todo es en valde:
llegó el momento de vengar la afrenta
que me hicísteis los dos...

Jim. ¡Hombre execrable!
tiembla por tí; los cielos nos protegen.
Acaso tú pisando los umbrales
estás ya del sepulcro.

Juan. Son delirios
que tu imaginacion quiere forjarse.

Jim. Ya Vivero tal vez no lucha solo;
pronto hollarán sus plantas al cobarde
que á su vida atentó... ¿no sentís ruido?

no es el rumor de un bárbaro combate;
ni es gente amiga vuestra.

ESCENA IX.

DICHOS. VIVERO. RIVADENEIRA. *Los cuatro armados.*

Vivero. (*Llega aprisionado por los cuatro hombres, que forcegean para conducirle al foro.*)
¡Á Dios, Jimena!
¡me llevan á morir!
Jim. (*Arrojándose á los pies de don Juan.*)
¡Piedad!
Vivero. ¡Infames!
dejadme, quiero verla. ¡Dueño mio!
(*Consigue desasirse y corre hácia Jimena.*)
Jim. ¡Ven á mis brazos, ven!
Vivero. ¡Dichoso instante!
Juan. Ejecutad las órdenes al punto
de mi tio y señor el condestable.
Vivero. La muerte junto á tí no me acobarda:
llegad, heridme aqui.
(*Vuelven á apoderarse de Vivero.*)
Jim. ¡Por Dios, dejadle!
¡un momento no mas, solo un momento!
Juan. Cumplid vuestra mision: pronto arrojadle.
(*Don Juan retiene por fuerza junto á sí á Jimena mientras Rivadeneira y los cuatro hombres conducen á Vivero al corredor.*)
Jim. ¿Dónde le conducís, donde, malvados?
Cebad en mí el furor, verted mi sangre;
yo doy por él mi vida.
Vivero. (*Desde el corredor.*) ¡Á Dios, Jimena!
¡Misericordia...! ¡oh Dios!
(*Al tiempo de arrojarle se oye el ruido que hace el cuerpo al caer.*)
Jim. Gózate, infame,
en tu bárbaro triunfo: ¡ya no existe!
¡Muere á mis manos tú, muere, cobarde!
(*Arrebata frenéticamente á don Juan el puñal que éste lleva en la cintura, y le hiere con él.*)

¡Tu puñal asesino es quien te hiere!

Juan. ¡Compasion...! ¡compasion! (*Cayendo.*)

Jim. ¡Logré vengarle!

(*Con delirante complacencia: cae desplomada sobre un sillon. Rivadeneira y los cuatro hombres van á salir, y sintiendo ruido de armas y gente que llega huyen velozmente: hasta la conclusion del drama se oirá dentro ruido de espadas y gente que pelea.*)

ESCENA ÚLTIMA.

LOS PRECEDENTES. EL REY. HARO. PLASENCIA. *Soldados. Dos hombres con hachas encendidas.*

Rey. (*Entra primero el rey con dos ó tres, y recita en el dintel de la puerta los primeros versos, vuelto de espaldas hácia la escena.*)

Guardad todas las puertas, ballesteros:
ninguno de los pérfidos se salve:
si alguno se resiste, dadle muerte,
sin respetar al mismo condestable.
Llegad, condes, llegad, que aun será tiempo.

(*Entran todos: el rey se adelanta con espada en mano acompañado de los hombres que traen las hachas: al tropezar casi con don Juan retrocede horrorizado.*)

¡Qué espectáculo...! ¡oh Dios! tinto en su sangre
se revuelca don Juan.

Jim. (*Jimena se levanta lánguidamente como saliendo de un letargo, y recorre dolorosamente la escena con la vista.*)

¡Alfonso ha muerto!

(*Arrojándose á los pies del rey, que se adelanta. Durante esta escena los soldados despues de haber peleado con los asesinos de Vivero, consiguen desarmarlos y prenderlos.*)

¡Monarca de Castilla, llegais tarde!

FIN DEL DRAMA.